

La Madre

, 1 de Mayo de 1960

Es sintomático que en España, aún antes de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, ya fuera éste creído y venerado y apasionadamente defendido. Y es que el pueblo español puede tener muchos defectos, sin duda, pero también tiene acusadas y excelentes virtudes, y una de ellas, sin controversia posible, es la del respeto a la madre.

No es preciso ahondar ni rebuscar mucho para hallar ejemplos que demuestren de manera indudable el aserto; es tan connatural a nuestra peculiar manera de ser, que en cualquiera de nosotros mismos encontramos la confirmación. Si en el hogar el hombre representa la fuerza, la seguridad, la confianza, es sin embargo en la madre donde está el compendio de todo lo espiritual, condensado en una simple palabra: el amor; ese amor maternal, muchas veces heroico, con el heroísmo de la raza, pasional y ardiente, desprendido y desprovisto de todo egoísmo.

Es lógica, pues, la reacción del hijo que ante tal abundancia de afectos, ante postura tan sublime y única se siente inclinado a corresponder a

ellos, siquiera sea en una mínima parte, con la única moneda válida y de curso legal para soldar estas clases de deudas: cariño y respetuosa veneración.

De aquí se desprende, por tanto, que conforme el hijo va dándose cuenta de todo lo que para él ha representado esa madre, al parecer frágil y débil, pero en realidad fuerte y gigante, capaz de los mayores sacrificios, vaya sublimándola en su mente, hasta concebirla de nítida pureza. (Y, en verdad, así es, pues nada limpia mas que el amor maternal).

Por ello este nuestro pueblo, tan intuitivo en negocios espirituales como torpe en empresas terrenas, se adelantó a los demás en el dogma de la Inmaculada Concepción de María, porque él la veía, y la ve, siempre, como madre. Y, precisamente, como Madre que sufrió el dolor mas agudo, el dolor mas intenso y amargo, sin comparación posible con ningún otro humano. Y como su Concepción Inmaculada suponía un enaltecimiento de la Madre de Jesús y, por extensión, de todo el género humano redimido, el

pueblo, no teólogo pero sí hijo amante, con el ímpetu de su fogoso temperamento, definió antes para sí y creyó en el dogma, sin pararse a hacer distingos de ninguna especie, como prueba emocionante de su devoción.

Quizá por todo esto es tan rica la imaginaria española en Vírgenes y tan extendido el culto a la Madre de Dios. Y, sin quizá, por ello todos los pueblos se colocan bajo el manto protector de la Virgen, en sus distintas advocaciones, porque considera que no hay amor mas sincero, ni dedicación mas desinteresada y completa que la de la Madre al hijo.

Lucena, muy en breve, va a hacer a la Madre Dulce y Buena su reiterada afirmación de amor, como hija solícita; y porque nunca tal sentimiento pueda ser expresado en toda su verdadera intensidad, Lucena le ofrece un simbolo, el simbolo ardiente y ruidoso de la pólvora que rauda y detonante cruza el espacio, como explosiva manifestación de alegría por tenerla a nuestro lado, protectora y amorosa.

M. Molina